

Sin Autocrítica



textos de Julieta Rosell

Francisco Larios

Marcel Matos

Flavia Da Rin

Sin Autocrítica

textos de

Julieta Rosell

Francisco Leros

Mariel Matoz

Flavia Da Rin

**inspirado en escritos autocríticos de
Ding Ling y Cornelius Cardew**

Ediciones Microcentro

Julieta Rosell

Soy solo un cuerpo rostizándose al sol.

Vuelvo a ser un ser cuyo único sentido y objeto es tomar sol. Vine para carbonizarme, para sentir la piel de la cara tirante a la noche, para sentir olor a bronceador todo el día. De adolescente mis papás me retaban mucho porque me iba a tomar sol, al patio o al río en las vacaciones, en las peores horas. Un día mi papá, encolerizado, más por mi aire desafiante que por el riesgo real, llegó a decirme que me iba a agarrar cáncer de piel. Aunque me pareció que se excedió (y creo que él también se dio cuenta), de ahí me quedó la idea de que no está bueno para la piel, de que no está bueno por el riesgo que se corre, un poco como coger sin forro. Saber que está mal pero verse tentada por una fuerza impulsiva e incontrolable de arriesgar algo a la suerte, un poco como la fé del ludópata.

Perdí dos celulares en muy corto tiempo y en circunstancias que considero del peor timing del mundo: la primera vez porque acababa de perder unos días antes el archivo con todas mis contraseñas, y la segunda porque tenía la compu rota. Por ende no pude disfrutar de esas horas incomunicada, como había imaginado ingenuamente que me pasaría llegada la oportunidad (o la desgracia), porque me urgía resolver cosas, como recuperar el acceso a mis criptomonedas antes de que alguien encontrara mis claves y se apoderara de mis fondos. Aquí quiero aclarar que toda la autonomía y la novedad que proponen las criptomonedas se basa en que cada unx sea dueñx y tenedorx de su propio dinero, por lo que no tener la clave por unas horas me hacía sentir ridiculamente la peor usuaria, alguien que no era capaz de velar por sus propios intereses.

Para el segundo robo, mi celular (nuevo) no tenía hecho correctamente el respaldo y perdí todo lo sucedido en mi vida los últimos 3 meses, sumado al histórico de los chats de whatsapp. Esto último, debo reconocer, fue gracias a mi ansiedad mal manejada durante el proceso de restauración del teléfono. La idea de bache temporal que me significó perder 3 meses de mis fotos, archivos y conversaciones, fue como si me hubieran sustraído una porción del flujo temporal de la historia personal. Como si a un cuerpo le extrajeran un riñón muy meticulosamente, con los mejores y más sofisticados bisturíes o tecnología laser, y a la hora estuviera funcionando normalmente de nuevo. Una acción así de recorte y de

intervención pero en mi línea de tiempo sentí que sucedía con la desaparición de ese conjunto de fotos, conversaciones, direcciones, cbus, que eran mi registro diario, involuntario pero no por eso menos fundamental, de los últimos 90 días.

Hay una canción cuya letra muy simpática es como una oda a la década del 90, que dice “salí con el discman en la mochila y a las cuatro horas me quedé sin pila”. La frase me parece un comentario sencillo y gracioso, pero a la vez me dispara rápidamente una reflexión sobre los arcos de adaptación a los cambios de cada generación, que corre de a intervalos por supuesto cada vez más cortos. Yo tenía un discman hermoso, color bordó, decorado con pequeños stickers holográficos que no recuerdo de qué eran, que llevaba creo que 3 pilas doble AA.



No te confundas / todo se confunde

Francisco Lerios

1. Llevo varias semanas dándole vueltas a una dicotomía. Alguien me contó o en algún lugar leí o escuché sobre una forma de dividir las obras de arte en dos tipos distintos: las que desean y las que quieren ser deseadas.

2. De momento me pareció una distinción muy buena. En primera porque concentraba la atención en los sentimientos de la obra, asumiendo que las intenciones de la persona que la hizo no son las únicas que están ahí. Pero más que eso, me parecía interesante la relación que estos dos tipos de obra podrían tener con otros seres en el mundo. Una obra que solo quiere ser deseada, en su anticipación a que ese deseo particular suceda o no, podría terminar ignorando otros deseos que se suscitaran a su alrededor. Una obra que desea, aun cuando su deseo puede incluir también el deseo de ser deseada, tendría una relación más expansiva y contagiosa con su entorno: como no hay una buena y mala reacción anticipada (ser deseada o no) el deseo que vive se vuelve más amorfo y promiscuo.

3. Finalmente me di cuenta que lo que me atraía de la dicotomía no era solo la organización que ofrecía para pensar las obras de arte en general, sino una forma muy precisa de entender los fracasos de algunas cosas que yo mismo he hecho o intentado hacer. La fórmula se concretaba así: Las cosas que habían salido mal, o no habían sido terminadas, era porque no habían deseado lo suficiente, habían estado muy concentradas en ser deseadas y ese había sido su fracaso.

4. La cosa de las dicotomías es encontrarles la clave, pienso, como que tal vez las dicotomías son generativas en cuanto en medio de esa organización polar se encuentran las claves que ofrecen la salida del dualismo, la clave para deshacerlas. Como que (y lo escribo sin ningún argumento que me valide más que el sentimiento) la dicotomía entre dos opciones solo es un aprendizaje cuando se descubre que ninguna de las opciones es la deseada. Ante dos opciones claras: ninguna, otra. Pero, dicho esto, sigo sin entender en términos prácticos cuál sería la salida a esta dicotomía, una obra que amplifique y contagie su deseo, pero que también quiera ser deseada, cuidada y querida sin volverse prisionera de ese deseo. Se escribe fácil!

5. Pero pensar que las obras que solo piensan en ser deseadas están condenadas al fracaso hace aparecer un impulso aleccionador que me desagrada, ¿cómo darle la vuelta? En México está el dicho de “quedarse como el perro de las dos tortas” lo cual quiere decir que la indecisión entre dos alternativas te deja sin ninguna, como le pasó al perro callejero que no supo decidirse entre cuál torta encontrada en la calle comerse primero y en eso a una se la comió otro perro y a otra no sé qué le pasó, le pasó un coche encima tal vez. Pero el refrán no es solo descriptivo de una situación en la que alguien se encuentra, sino que carga el aleccionamiento, “te lo dije perro”.

6. Hay un placer muy grande en deshacer falsas dicotomías, un torrente de posibilidad y renovación, y creo que es lo que Cardew sintió al descubrir que había algo entre la actitud de “nada de crítica” que se tomaba mayoritariamente en la educación musical que él recibió en la academia de música y la “autocrítica introvertida” como única contraparte. “Los productos de la ‘nada de crítica’ son todos débiles y acuosos; los productos de la ‘ninguna crítica más que la autocrítica’ son intensamente introvertidos”. Identificar esos dos polos y su falsedad como alternativas únicas llevó a Cardew a pensar las posibilidades de una crítica que no fuera meramente formal ni completamente involucrada en sí misma, sino que cumpliera la función de volver usables los productos culturales del pasado y del presente, de encontrarles vidas posibles que tal vez a ellxs mismxs no se les hubieran ocurrido, algo como ampliar sus posibilidades. Para Cardew, la crítica de arte y música tendría que hacerse no desde una posición de experto separado (al menos en términos del texto o crítica) de toda otra experiencia vital, sino desde los parámetros que cualquier persona tiene instintivamente para distinguir entre lo beneficioso y lo perjudicial. “La mayoría de las personas tienen una necesidad muy clara de sentir que están sirviendo a la comunidad de alguna forma. Necesitamos sentir que estamos siendo útiles a nuestra sociedad y no solo vivir de ella o de otras personas de forma parasitaria. La mayoría de los críticos sienten esa misma necesidad.”

7. Para Cardew, lo beneficioso es aquello que: “a) satisface las necesidades de las personas, b) eleva su nivel de consciencia, y c) (en consecuencia a las anteriores) les anima a desarrollar la energía y la habilidad y la iniciativa para cambiar el mundo en concordancia con sus necesidades colectivas”. Lo perjudicial es lo que cohibe esa consciencia colectiva de las necesidades, el capitalismo es decir.

8. Entonces la crítica musical para Cardew debería romper la dicotomía y hacer algo nuevo, salirse del liberalismo de todo va y del

autoanálisis solipsista. Por mi parte, así como me ha acompañado últimamente la dicotomía de desear o ser deseado de las obras, he estado repitiendo en mi mente la melodía de una canción llamada No te confundas del grupo Las Flores del Mal, formado por cuatro chicas en el DF a principios de los ochentas, que sacaron dos demos que alguien rescató de entre sus cosas y subió en video a Youtube, al que yo llegué por casualidad en otra deriva.¹

Es una canción juguetona y tierna, muy contagiada de entusiasmo por la novedad de los sintetizadores. Y también pone los términos de una dicotomía entre el llamado del título a no confundirse y la serie de indistinciones que compone la canción ¿Ladridos de perrito, aullidos humanos? La voz principal habla de un regalo, ¿pero para quién era, alguien cercano o una visita? ¿de dónde venía la persona? Otra voz o la misma va diciendo ¡No te confundas! pero es difícil porque parece que todo al final es lo mismo.

9. Una última dicotomía y la pregunta de por dónde jalar para deshacerla. Algo de la idea de crítica de Cardew y del sentido común general parece estar más cerca del No te confundas que del Todo se confunde, equiparando la crítica con la capacidad de distinguir precisamente, de identificar y desenmarañar. Entonces: ¿una crítica que haga eso, porque la total desorientación puede ser abrumadora, dolorosa y restar potencia, pero que también se entregue con gusto al pensamiento de que todo al final es un poco lo mismo, sin que eso sea desafectado o indiferente, y que se divierta un poco con eso? No sé.

1 <https://www.youtube.com/watch?v=U1m-XYy8ABM>

Divagaciones antes de ser mala

Mariel Matoz

En una clínica de viernes, de esas que duran 5 horas reloj, online, del tipo mata rodillas, varixs compañerxs tenían que comentar una “mala idea”. No digo “teníamos” porque esta vez (y nunca, nunca sucede así) me tocó primera, primerísima en la lista para contar la mala idea. Aunque yo participo del lado más inmaterial de todos, llámese crítica-curaduría, opté por contar una mala idea material, con una obra, como artista o “intento de”, y no pensar en las malas ideas más cercanas a los textos y la escritura. Creo que mi decisión vino de la mano de un intento de protección, de ir a lo seguro, de tener la distancia suficiente para poder contar algo y reírme y hacer reír a lxs demás. Bastante bien me salió porque aunque no mostré imágenes, una imagen que generé (de mi misma sacando un cuadro de 2x2m con una soga por afuera del edificio desde la terraza en un tercer piso, porque no salía por la puerta) fue citada una y otra vez, con su lugarcito dentro de la mochila de los nuevos chistes compartidos para usar en los encuentros.

Ese viernes mientras escuchaba a mis compañerxs me abstraí un buen rato. Algunxs ni se esforzaban en contar una mala idea y presentaban ideas geniales o buenas, o solo cumplían con la tarea sin abrir nada. En ese aburrimiento corto pensé que podría haber hablado o mostrado varios textos cuya idea de escribirlos fue más una *idea mala* que una mala idea. Me pasó por ejemplo con un texto que fue altamente reparativo: una reseña de cómo preparamos una gran muestra de artistas mujeres en un mes, con abusos de poder, calor, negligencias, etecés, allá en marzo del 2019. Escribir ese texto me hizo muy bien y nos hizo muy bien a mi grupo de amigas. Cuando se lo pasé a otra amiga más grande (que quiero mucho pero le pasa que muchas veces rehúye de los conflictos) ya solo recibí silencio y ahí quedó. La colega que atacaba el texto (o más bien de la que se defendía) nunca lo leyó y nadie más fuera de nuestro círculo cercano. El miedo a que alguna vez llegara a ella, lo leyera y me odiara frenó todo intento de vida del texto. Quedó simplemente como una liberación de todo nuestro malestar en una cápsula de palabras, que se fue tornando pinchuda y oscura, y quedó para siempre en un cajón.

Cuando he vuelto a leer el texto en cuestión me pasa que todavía me consuela y me relaja, y como su tono es divertido, también me da risa. Pero enseguida esa sensación se endurece, porque ese texto también lleva encapsulada la aceptación o falta de autocuidado ante esos maltratos por parte de nosotras, entre nosotras, y su vigencia se alarga hasta el presente; y entonces su calidad reparativa se vuelve densa: pide que hagamos algo con todo esto o que paguemos el precio por ocultarlo. Ante esa doble cara, cada vez que tengo los deseos de la malicia (que vienen como respuesta a

haber sufrido maldades ajenas) pienso dos veces antes de escribir un texto. En este momento, ahora mismo por ejemplo, como estoy dolida y enojada con unas amigas, sé que lo que escribiría podría ser malo, malicioso, envenado y envenenante; y después tendría que hacer algo con eso o enterrarlo para siempre. ¿Y que por qué no hago algo? Y, no es tan sencillo. Sobre todo porque hay muchas cosas que producen esas maldades que no tienen nada que ver conmigo. Quizás me asusta escribir esas cosas porque sé que tengo razón, o son verdad, pero no puedo pedir nada más y la verdad por sí sola no cura nada. También porque ser el faro de las faltas ajenas es iluminarse mucho a una misma en los huecos. (Es esto algún tipo de morallllllllllllllllll?) Por eso hasta ahora me sirven más otras estrategias como el silencio, dejar pasar los días, y después hablar y quizás caer en el “reto”, en el reclamito, y no condensarlo en un texto: entre palabras escritas que son duras y filosas como lanzas, que no se olvidan, que le hacen agujeros al blanco de la hoja. El texto también tiene eso de soliloquio que si te interesa que haya un mañana en la relación, no permite ver la reacción espontánea, los matices del lenguaje corporal, el ritmo respiratorio y esas cosas. Las palabras ya duelen de por sí, y renuevan las heridas que hacen algunos actos. Por suerte la palabra oral lleva impresa su característica de versión, que puede ser actualizada, parcialmente modificada o matizada, como los recuerdos, y como los sueños. Se evaporan o son guardadas sin imagen, lejos de los ojos, o con los ojos y lo que éstos pueden hacer sentir. En cambio cuando las palabras están escritas a veces actúan como epitafios. Cortan tajantemente el tiempo. Instauran pasados, de esos de los que hay que despedirse.

Cada vez me pasa más seguido que al escribir me asiste la maliciosidad. Y no me molesta del todo, solo que pienso que escribiendo, antes que desplegar la maldad con las amigas, hay tantas, tantas otras cosas de las cuales hablar mal y tantas, tantas capacidades de los textos (aunque sean malos, malísimos) de producir algunos cambios tensos que podamos necesitar.

Flavia Da Rin

Joven del 2000

Soy una artista clasemediera de capital federal que emergió a principios de los 2000s y como tal absorbí tanto el espíritu independiente de hacer arte con minucias a mano en medio del bardo y la incertidumbre, como las agitadas esperanzas de construcción de una “carrera” y la internacionalización propuestas por el mercado no bien empezado el 2002.

Durante los 90s estuve entre la secundaria y la Prilidiano Pueyrredón. Mi Colegio, Paideia, era privado de corte ultra progre, con docentes universitarios como Horacio Tarcus (cofundador del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas, CeDInCI, creado a partir de su biblioteca y archivo personal), Javier Trimboli (de quien estábamos todas enamoradas), Anibal Jarkowsky, etc.

Toda mi adolescencia estuvo signada por esta articulación “escuela cara - docentes marxistas” más el contexto de una argentina menemista recién privatizada y llena de dólares provenientes de eso mismo. Este terceto tendía a provocar en los estudiantes más o menos sensibles algún tipo de cortocircuito, una buena y clásica culpa burguesa, cuando no hondas depresiones como las mías o las de mi amiga A. (donde la “sensibilidad social” se sumaba a una tendencia pronunciada a la autoexigencia) o algún buen brote psicótico (como en el caso de F, y otros).

El aroma del espíritu adolescente en el colegio era el del aliento de los consumidores felices de Nutella del Jumbo y buzos Benetton o el mal aliento abatido/iracundo de aquellos que nos vestíamos con camisetas cuadriculadas, sacos de la abuela y nos pisábamos las zapatillas nuevas para que estuvieran sucias.

Ya para cuando entré en la Pueyrredón, tras debatirme entre cuánta carrera me había suscitado un poco de interés (desde periodismo hasta biología), los resultados catastróficos del rumbo económico del “Carlo” empezaban a ser visibles para muchos.

Bellas Artes sirvió bastante para sacarme la depre, aunque cambié la exigencia académica por una “estética” que ya asomaba unos años antes (cuando empecé a hacer dieta después de que un niño me señalara en una parada de colectivo y le dijera a su amigo “te vas a casar con la gorda”), y comencé con una anorexia galopante que me duraría hasta los 23 más o menos, pero que no viene al caso esta vez.

Durante esos años de estudio no trabajé, a mi papá lo echaron del trabajo dos veces, y una renunció. Como su desempeño era siempre impecable, lo volvían a contratar más o menos rápido, pero entre un trabajo y otro cambiaba el auto por uno más viejo y barato, recortaba gastos fuertemente, y hablaba de cómo “la plata no la cagan los monos, Flavia” (¿?¿?).

Luego del viva la pepa generalizado y el "tiramantecaaltecho" del primer gobierno de M (quien logró una reelección en 1995), la desocupación llegó a números nunca vistos antes, aumentó el trabajo en negro y comenzó un proceso de exclusión de un enorme sector de personas que se fue acrecentando con el pasar del tiempo.

En 2000 hice mi primera muestra en el sótano del local de Juana de Arco (una casa de ropa "alterna-hippie" que vendía bombachas de colores y remeras con alas en el Viejo Palermo Viejo) con obras que se desprendían de un final de pintura del año anterior. Eran fotos de barbies intervenidas que compraban prótesis en un esbozo de supermercado, las imágenes estaban mínimamente diseñadas con un programa que se llamaba Corel photo paint, impresas en casa y embolsadas en sobres de mayor o menor tamaño de celofán, exhibidas en unos displays que me había hecho mi papá con chapadur agujereado pintado de rosa pastel. El más logrado era un display tipo torre giratoria, para elegir postales.

Para la inauguración compré globos rosas, y solo había cosas dulces para comer, gomitas, anillitos terrabusi rosas, etc.

¿Cómo se relacionaba esta obra con el contexto sociopolítico, en ese año ya de gobierno de la Alianza? Ni idea. Quizás el tema del supermercado, el consumo neoliberal? ʘ_(ツ)_/ No sé, quizás solo mostraba mi fanatismo-odio hacia las Barbies.

Para el 2001 el país ya era un caos, el gobierno de La Alianza (Para el Trabajo, la Justicia y la Educación) no daba pie con bola. Chacho había renunciado por los sobornos en el senado - los (sucesivos) ministros de economía trataban de mantener la convertibilidad como se había prometido vía más deuda con el FMI y por lo tanto más ajuste sobre lo poco que ya quedaba - reestructuración de gastos - default - retiro de depósitos bancarios - fuga de capitales y un corralito que afectó sólo a las clases baja y media.

Pum!

A partir de ahí se desata una ola de protestas, cacerolazos, saqueos, huelgas, y manifestaciones populares en todo el país que venía cocinándose hacía rato.

Recuerdo el 19 de diciembre salir de trabajar por la calle Alsina y volver caminando a casa. Crucé la 9 de Julio con gente corriendo por la avenida, cosas que volaban a lo lejos y humo. Mi mamá me llamó al celular pero no la escuché por el walkman, cuando llegué me dijo que un tipo se había metido por el pasillo y ella tuvo que gritar por la ventana para pedir ayuda.

Esas épocas angustiantes se convirtieron para algunxs de los jóvenes de ese momento en preciados recuerdos.. Para mí fue muy importante estar contenida por la clínica de Diana a la que entré en 2001 y por proyecto venus que no sólo reunía y te daba algo para hacer si tenías ganas, sino que

proponía directamente una sociedad de artistas con una moneda propia. Como estos lugares hubo muchos talleres, y grupos espontaneos de artistas en toda la Argentina que funcionaron como contenedores y canalizadores de las energías. Prosperaron las muchas veces mencionadas muestras en casas, en carnicerías, en baños, en peluquerías, dentro de transportes de carga, los espacios y propuestas autogestionadas por artistas. Era un momento a-institucional, todo estaba blando, liviano, volaba por los aires. Esa sensación de haberse sacado algo de encima, aunque la incertidumbre era grande, era embriagadora y feliz.

Pero a la primera vuelta a la esquina con el crecimiento económico, los buenos gestos y la estabilidad durante la presidencia de Néstor Kirchner, las cosas volvieron a asentarse y algunxs artistas porteñxs y en menor medida de las otras ciudades más grandes del país que bailábamos con la música de la autodeterminación y la comunidad entramos tirando pasitos en programas de artistas dentro de instituciones y en galerías más o menos mainstream que llevaban nuestras obras a ferias en el exterior, y con esto también aprendimos a temprana edad sus formas, expectativas y vicios.

Así es que me quedó esta naturaleza anfibia, contradictoria, ambigua. Rápida para juzgonear a lxs que especulan individualmente por sobre lo grupal, pero desde una casa comprada a base de obras, añorando una época hippie-punk pero contestando mensajes entusiasmados a lxs coleccionistas dudosxs que se interesan en mi obra. Profeso odio hacia los eventos sociales del arte, pero me encanta anfitriónar las muestras de mis alumnxs, decorarles galletitas, y cuanta más gente vaya mejor! Me cuesta más pensar una obra con presupuesto millonario que una que tenga que hacer únicamente con las cosas que están en mi cuarto.

Lxs jóvenes del 2000 ya no somos jóvenes, y algunxs quedamos así a medio camino entre una cosa y la otra.

Qué se yo....

pobres?

Sin autocrítica - fragmentos inspirados en los esbozos de autobiografía intelectual de
Ding Ling y Cornelius Cardew



“Estudiar primero lo que más se necesite”
LIN BIAO, 16 de diciembre 1966

Imágenes tomadas de Yao Jui-Chung, registro fotográfico de las escenas infernales
en el templo de Madou Datian, Tainan, Taiwan. URL: <https://www.whitefungus.com>

Ediciones Microcentro
Buenos Aires, febrero de 2023
www.faxsi.info